

Epílogo sobre los ODS

“Ya disponemos de diagnósticos científicamente rigurosos. Ahora es apremiante la acción para inventar el futuro”.

La Carta de la Tierra, uno de los referentes más luminosos en momentos tan sombríos y turbulentos, se inicia así: “Estamos en un momento crítico de la historia de la Tierra, en el cual la humanidad debe elegir su futuro...”. Y termina de este modo: “Como nunca antes en la historia, el destino común nos insta a buscar un nuevo comienzo”. El por-venir está por-hacer y es preciso y posible inventar el futuro.

Durante siglos, unos cuantos hombres han impuesto sus designios al resto de los hombres y a todas las mujeres. Los seres humanos permanecían invisibles, anónimos, silenciosos, atemorizados, obedientes. Poder absoluto masculino: historia ensangrentada, donde la paz ha sido tan sólo una pausa, donde la creatividad humana un simple destello. Siglos y siglos de sumisión. Siglos y siglos al cabo de los cuales las asimetrías sociales y la pobreza extrema predominan en una Tierra que también, por influencia de la actividad humana, se deteriora.

Hasta hace tan sólo tres décadas, la gran mayoría de la humanidad nacía, vivía y moría en unos pocos kilómetros cuadrados, sujeta a un poder absoluto masculino. Ahora, por primera vez desde el origen de los tiempos, los seres humanos tenemos a nuestro alcance una información global y unas capacidades tecnológicas que nos permiten convertirnos en

ciudadanos del mundo, conscientes de la naturaleza de las amenazas y de la necesidad de una respuesta adecuada y oportuna.

En efecto, la tecnología digital ha facilitado la circulación de la información y, lo que es más importante todavía, la capacidad de expresarse. En esta nueva era, lo más sobresaliente es la progresiva participación de la mujer. Son las mujeres las que, presencialmente y en el ciberespacio, manifiestan colectivamente su apoyo a las inaplazables transformaciones para reconducir las presentes tendencias.

Hoy ya podemos contemplar el mundo en su conjunto y debemos observarlo –“¡qué difícil es observar lo que vemos todos los días!”, advirtió Julián Marías- para que la cotidianidad no signifique aceptar lo inaceptable ni considerar que los “efectos colaterales” del sistema actual son irremediables. Ese genocidio de desamparo e inanición que tiene lugar cada día; la forma en que tratamos a quienes intentan llegar, porque se mueren de hambre en sus lugares de origen, a los países más adelantados,... deben ser rechazados por grandes clamores populares. En la era digital, seremos capaces de aplicar la adaptación del conocido refrán que hizo el genial Mario Benedetti: “Todo depende del dolor con que se mire”.

Es importante recordar cada día que las prioridades fijadas por las Naciones Unidas son: alimentación (agricultura, acuicultura y biotecnología); acceso general al agua potable (recolección, gestión, desalinización...); servicios de salud de calidad; cuidado del medio

ambiente; educación y paz. Una educación que proporcione a todos conciencia global.

Los cambios radicales que la humanidad reclama para conseguir que las grandes prioridades se conviertan en pronta realidad sólo se alcanzarán si tiene lugar la transición de súbditos a ciudadanos plenos, que actúan libre y responsablemente, como define magistralmente la Constitución de la UNESCO a las personas educadas, sin adherencia alguna en las alas para permitir el vuelo alto en el espacio infinito del espíritu. Personas que actúan en virtud de sus propias reflexiones y no al dictado de nadie. “Aprender a ser”, es sin duda alguna -“dirigir con sentido la propia vida”, en palabras de D. Francisco Giner de los Ríos- el pilar fundamental de todo el proceso educativo.

El cuidado del entorno no debe limitarse a lo más cercano sino que debe extenderse, porque el destino es común, a todo el planeta. Es un aspecto crucial: el prójimo puede ser próximo o distante. Ha llegado el momento de poner en práctica un nuevo concepto de seguridad que, además de los territorios, tenga en cuenta a quienes los habitan (alimentación, agua potable, servicio de educación y de salud de calidad, cuidado del medio ambiente).

En el marco de una propuesta integral del concepto de desarrollo humano sostenible, también es imperioso el establecimiento de un marco jurídico que evite la desigualdad social, propia de la deriva neoliberal que ha marginado el multilateralismo democrático y ha puesto en manos de grupos plutocráticos (G7, G8, G20) las riendas del destino común.

El debate sobre nuevas fórmulas de medición del desarrollo y la sostenibilidad debe ayudarnos a superar -en la línea que plantea el índice de desarrollo humano- el actual modelo basado en el producto interno bruto (PIB), que deja de lado elementos básicos como la equidad, la sostenibilidad o el respeto de los derechos humanos. Es fundamental reconocer que el PIB puede reflejar la situación de la macroeconomía, pero no de la inmensa mayoría de los ciudadanos. En estos momentos, cuando se habla en España y en otros países de la Unión Europea de indicios de recuperación, resulta que el incremento del PIB se debe en gran medida a causas externas: precio de los carburantes; valoración del euro en relación al dólar; ... e incluso (!) la repercusión en términos económicos de la prostitución y del consumo y tráfico de drogas...

Los desafíos que plantean el calentamiento global y la degradación ambiental, agravados por unos patrones de producción y consumo insostenibles, crecen de forma alarmante sin que las actuales estructuras de gobernanza mundial sean capaces de afrontarlos, tal y como demuestran los reiterados fracasos de las reuniones de la Convención. En la era del antropoceno constituye una responsabilidad esencial garantizar la habitabilidad de la Tierra y una vida digna a todos los seres humanos, porque el fundamento de todos los derechos humanos es la igual dignidad, sea cual sea el género, el color de piel, la creencia, la ideología, la edad,... Los desafíos globales a los que nos enfrentamos requieren respuestas igualmente globales. Si no se modifican los estilos de vida y hábitos nocivos para el entorno ecológico, la habitabilidad de la Tierra puede verse seriamente afectada y de forma irreversible. Es insoslayable

asumir la ética del tiempo como un argumento irrefutable para la toma de decisiones ya que, en caso contrario, podrían alcanzarse puntos de no retorno.

“Situaciones sin precedentes requieren soluciones sin precedentes”, en feliz expresión de Amin Maalouf que no me canso de repetir. Es apremiante la refundación del Sistema de Naciones Unidas, con voto ponderado pero sin veto, de tal manera que tengan representación no sólo los Estados sino, como reza la Carta, “los pueblos”, para que, en el menor tiempo posible, el progreso científico permita una vida digna para todos los habitantes de la Tierra, a través de una economía que atienda un desarrollo humano y ecológicamente sostenible.

Los cambios fundamentales para generalizar una vida digna requieren que sean los “pueblos” los que tomen en sus manos la gobernanza mundial. “Pueblos” que ahora ya representan mujeres y hombres con iguales derechos, oportunidades y deberes.

En la actualidad tenemos la certeza de que la demografía y la actividad propia de la especie humana afectan la calidad de la vida en la Tierra y de que existen medidas que deben adoptarse sin demora. En el estricto cumplimiento de los Acuerdos de París y de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) “para transformar el mundo”, no caben aplazamientos, ni disculpas.

Las principales emergencias que requieren acción global inmediata son: la pobreza extrema unida a la desigualdad social creciente; el deterioro

ecológico; la amenaza nuclear y, en primer lugar, el cambio climático, ya que representaría un fracaso histórico de la humanidad alcanzar puntos de no retorno en la calidad de vida en el planeta.

Desde hace más de cinco décadas, la UNESCO, el Club de Roma, la Academia de Ciencias de las Naciones Unidas y otras instituciones han activado llamadas de alerta y alarma aunque “el gran dominio” (financiero, militar, mediático, energético...) las ha ocultado sucesiva e irresponsablemente.

Hoy el cambio climático es ya una realidad incontestable. El océano glacial Ártico ha desaparecido prácticamente y la Antártida empieza a agrietarse. No se ha logrado reducir los gases “con efecto invernadero”... y la habitabilidad de la Tierra se deteriora sin cesar. La puesta en práctica de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), sabiamente adoptados por la Asamblea General de las Naciones Unidas en octubre de 2015 “para transformar el mundo”, no se llevan a cabo porque no cuentan con el respaldo efectivo de los grandes países... y los ciudadanos se hallan bajo la presión de unos medios de comunicación que, en buena medida, representa “la voz del amo”, que les aturden y les convierten en espectadores impasibles en lugar de actores responsables.

Es necesaria una gran movilización que permita a todos los seres humanos ser conscientes de la situación presente y, en consecuencia, se comprometan a actuar sin demora con un comportamiento cotidiano apropiado que haga posible hacer frente a procesos potencialmente irreversibles. Las comunidades académica, científica, artística, literaria,

intelectual en suma, deben liderar hoy las respuestas adecuadas a las amenazas que se ciernen sobre la humanidad a escala mundial.

Consciente de que su destino no puede seguir confiándose a la gobernanza neoliberal, la juventud está movilizándose exigiendo un cambio “de rumbo y nave” –como tan lúcidamente proclamó José Luis Sampedro- a los políticos, las instituciones, la sociedad... Las presentes generaciones, mirando a los ojos de sus descendientes y de todos los niños del mundo, deben cumplir plenamente sus responsabilidades intergeneracionales.

Lo último que yo desearía es que alguno de nuestros descendientes volviera la vista atrás y –como Albert Camus - nos despreciara “porque pudiendo tanto nos atrevimos a tan poco”. Tenemos que atrevernos a buscar juntos soluciones alternativas y nuevas maneras de abordar y gestionar los retos del mundo. Ser diversos es nuestra riqueza, actuar unidos será nuestra fuerza.

Debemos exigir que los medios de comunicación transmitan fidedignamente los datos sobre la sostenibilidad de la Tierra y alerten al mundo, sustrayéndose de las intencionadas noticias mercantiles y políticas que les incitan a lo contrario.

Debemos apostar por una “Misión la Tierra” y así, si en lugar de invertir ingentes cantidades en conocer la Luna, Marte... asegurar antes una vida digna a todos los habitantes de la Tierra.

La inercia es el gran obstáculo para la evolución, es decir, para cambiar oportunamente lo que debe cambiarse y conservar lo que debe conservarse. La insolidaridad se ha acrecentado y empiezan a manifestarse peligrosísimos brotes de supremacismo, fanatismo y xenofobia. De nuevo, el Partido Republicano de los Estados Unidos favorece la oligarquía y la inversión en armas y gastos militares al tiempo que debilita el multilateralismo y la puesta en práctica de los ODS y el Acuerdos de París sobre Cambio Climático.

Es apremiante contrarrestar estos irresponsables focos de gobernanza mundial. Es la hora de “Nosotros, los pueblos”, ahora ya mujeres y hombres conscientes y capaces de elevar alta y firme, la palabra frente a la fuerza, de tal modo que no sigamos consintiendo que se destinen cada día más de 4000 millones de dólares a la defensa mundial al tiempo que mueren de hambre y precariedad absoluta millones de personas, la mayoría niñas y niños de 1 a 5 años de edad.

Sí, la palabra y no la espada. Sí, por fin, todos y no unos tantos. Sí, ya es hora de preparar el “verbum” en lugar del “bellum”.

Federico Mayor Zaragoza

25 de abril de 2019.